Capítulo 1. Nuestra crisis[1]

Decir que Chile vive una crisis se ha transformado en un lugar común. Por supuesto, un lugar común no es necesariamente falso, sino más bien un concepto cuyo contenido, al ser trivializado, tiende a diluirse. Tal es nuestro caso: si bien hay acuerdo en que vivimos un momento crítico, el consenso estalla en pedazos a la hora de intentar acotar —aunque sea tímidamente— esa realidad. Resulta difícil determinar en qué consiste la crisis, cuál es su naturaleza y sus ramificaciones. En otros términos, todavía no hay siquiera un principio de acuerdo sobre el diagnóstico de nuestra enfermedad, que es la condición indispensable para sugerir (con un mínimo de rigor) cualquier tipo de tratamiento. Dicho trabajo de delimitación es particularmente complicado, en parte, porque el país ha dado señales equívocas, difíciles de leer desde la coherencia: marchamos por las calles sin dejar de consumir con avidez; votamos a la izquierda y a la vez nos endeudamos para no quedar abajo del "modelo"; rechazamos toda clase de generación eléctrica sin estar dispuestos a asumir las consecuencias; aborrecemos el lucro y paseamos en el *mall;* y así podríamos continuar indefinidamente.

¿Cómo circunscribir entonces esta crisis y salir de la perplejidad? Una alternativa es aproximarnos a ella desde un momento especialmente

---

1 Este texto tiene carácter de ensayo y, por tanto, las referencias bibliográficas y notas al pie son solo indicativas. Ellas no pretenden agotar los temas tratados, sino más bien complementar y profundizar algunos aspectos. Aprovecho de agradecer muy especialmente a todos quienes me ayudaron a mejorar este trabajo con sus comentarios y conversaciones: Manfred Svensson, Joaquín García-Huidobro, Hugo Herrera, Pablo Ortúzar, Juan Manuel Garrido, Claudio Alvarado, Catalina Siles, Josefina Araos, Joaquín Castillo, Matías Petersen, Juan Ignacio Brito, Roberto Munita, Marcela Miranda, Tomás Villarroel, Francisco Javier Urbina y Santiago Ortúzar (desde luego, todos los errores y omisiones son de exclusiva responsabilidad del autor). Agradezco también a la Universidad de los Andes y al Instituto de Estudios de la Sociedad (IES), instituciones que permiten desarrollar un trabajo intelectual en condiciones privilegiadas. Por último, aunque es por lejos lo más importante, mi gratitud también a María José y nuestros hijos, por su indefectible apoyo y paciencia.

llamativo, que tuvo lugar hace pocos años, cuando viejos próceres de la Concertación empezaron a renegar de su pasado. Los mismos cuyas voces escuchaba de niño en Cooperativa, en un ambiente rodeado de tensión, y cuyos rostros aparecían envueltos de épica en *Apsi* o *Análisis;* los mismos que, pasados los años, respeté como arquitectos de una operación política sumamente delicada, no trepidaron en asumir, a partir de las movilizaciones del 2011, un discurso que echaba por la borda buena parte de sus propias vidas: el rechazo a la transición se convirtió en parte del lenguaje corriente incluso para quienes la habían protagonizado. Dicho de otro modo, algo de la mayor importancia ocurrió cuando políticos serios y responsables abandonaron la defensa de sus biografías. Desde luego, esta actitud guarda relación (al menos en algunos casos) con motivaciones electorales, pero eso no alcanza a explicarlo todo. ¿Por qué una generación que había conducido al país durante dos decenios abjuró de todo ello para conformarse al lirismo de un puñado de dirigentes juveniles? ¿Cómo explicar que aquellos que venían de vuelta de la historia y de sus decepciones pudieran renunciar con tanta rapidez a la moderación que los comprometía vitalmente?

Por más que haya revestido apariencias de vociferación, esa renuncia fue, en el fondo, una manifestación de cierto silencio, un silencio que seguirá resonando por largo tiempo porque toca tanto el pasado (no quieren asumir lo que hicieron) como el futuro (no tienen nada relevante que decir sobre él). Ahora bien, la abdicación fue tan repentina que parece haber tenido antecedentes previos: una claudicación de esa naturaleza hunde necesariamente sus raíces en procesos anteriores. De alguna manera, este libro intenta interrogar ese fenómeno, en sus causas tanto históricas como conceptuales, pues en él parece encontrarse una clave importante de nuestra crisis. No es trivial que buena parte de la clase gobernante cambie así de discurso, sin mediar mayor explicación ni reflexión, pues este tipo de cortocircuitos suele tener consecuencias políticas insospechadas. Si el hombre es, según el decir de MacIntyre, un animal que cuenta historias, el político lo es en grado especialmente elevado. Por lo mismo, cuando sus historias ya no son coherentes y pierden la conexión con nuestras vidas, cunde la desorientación. No es imposible pensar que los problemas que vivimos se deben, al menos en

parte, a la incapacidad de nuestros políticos (de lado y lado) para contarnos historias con sentido. Nuestra crisis es también una crisis de narración: los políticos hablan, y mucho, pero tienen poco que decir.

Con todo, es menester reconocer que abundan las interpretaciones sobre nuestro momento: si los políticos no hablan, hay otros que sí han intentado hacerlo. Sin embargo, muchas de esas interpretaciones son víctimas de aquello que Camus llamaba el registro polémico, en cuanto asumen una lógica de trinchera que tiende a esterilizar cualquier discusión y a impedir un diálogo auténtico[2]. Nos interesa alejarnos de ese tono pues, si acaso deseamos comprender nuestras crisis, debemos distanciarnos de las disposiciones reflejas, que ven en toda concesión o acuerdo un signo de derrota política; o que conceden demasiado buscando simplemente acomodarse a la opinión dominante. No se trata de buscar la quimera de una neutralidad pura (que, sobra decir, no existe en estos asuntos), sino de tomar alguna distancia respecto de las aproximaciones partisanas, que persiguen anotarse un triunfo táctico antes que comprender y reflexionar.

Pero ¿cómo y desde dónde hacerlo? La primera premisa que subyace a este trabajo es que tenemos pocos desafíos más urgentes que avanzar en ese esfuerzo comprensivo. Por cierto, el apuro en esta materia puede pagarse caro; y cualquier intento de traducción práctica debe ser precedido por un auténtico esfuerzo capaz de *orientar políticamente,* si acaso no queremos caer en la mera agitación, o en la aceptación simplona del ruido ambiente. No es fácil comprender al Chile de hoy, y quien quiera resumirlo en dos o tres consignas seguramente se equivoca (y si es medianamente inteligente, seguramente lo sabe). Los problemas políticos son siempre, en alguna medida, problemas intelectuales; y no es casual que los grandes políticos siempre hayan basado su acción en diagnósticos certeros y en comprensiones sofisticadas de la realidad, a partir de los cuales han podido proyectar una acción fructífera (el ejemplo más claro es el de Churchill). Desde luego, no se trata de pedirles a los políticos que se conviertan en intelectuales (ni menos a los intelectuales que se conviertan en políticos), pero sí cabe esperar que

2 Camus, Albert, *Œuvres complètes* (París: Gallimard, 2006), vol. II, 490.

nuestros líderes sean capaces de percibir que no hay acción política efectiva si antes no existe un esfuerzo reflexivo por comprender dónde estamos. Por eso, la primera pregunta política es precisamente una pregunta de orientación. Quizás resulta paradójico, pero no hay otro camino para salir de la perplejidad que la reflexión, y tanto las claudicaciones como los silencios de nuestros políticos guardan relación con esto: les cuesta admitir que hay algo así como un problema que merece una atención detenida.

El esfuerzo de comprensión exige, eso sí, algunas condiciones previas. La primera es que, si quiere tener relevancia pública, debe ser una comprensión propiamente política. ¿Qué quiere decir esto? Pues bien, que no es posible ignorar las opiniones y percepciones de los ciudadanos. Una comprensión puramente técnica, o estadística, puede ser muy útil para algunas disciplinas, pero en política tiene un alcance limitado (es indispensable como insumo, pero incapaz de orientar de modo efectivo). Por eso, como veremos en detalle más adelante, son tan insuficientes las respuestas provenientes de cierta derecha, según las cuales el problema reside en que las percepciones públicas no estarían alineadas con los "datos duros"[3]. Quizás la monarquía francesa podría haber dicho algo similar en 1788, pero difícilmente un argumento de esa índole hubiera persuadido a mucha gente. De hecho, cuando estudia esta cuestión, Tocqueville llega a la misma conclusión: los últimos decenios de la monarquía francesa, antes de la Revolución, fueron excepcionalmente prósperos[4]. ¿Cómo explicar entonces que en pocos años la monarquía haya caído estrepitosamente? La dificultad estuvo precisamente en que las instituciones políticas no supieron adaptarse a una sociedad que se estaba moviendo a gran velocidad y, por tanto, sufriendo cambios muy profundos. Así, Tocqueville advierte que la justificación del progreso por el progreso es tautológica: el desarrollo trae consigo nuevas interrogantes que no deben

3 Ver, por ejemplo, Larraín, Luis, *El regreso del modelo* (Santiago: Libertad y Desarrollo, 2012); y Guzmán, Eugenio, y Marcel Oppliger, *El malestar de Chile. ¿Teoría o diagnóstico?* (Santiago: RIL editores, 2012). En cualquier caso, Oppliger parece haber matizado su posición (ver, por ejemplo, su columna "La derecha sin ideas", disponible en http://ellibero.cl/opinion/la-derecha-sin-ideas/).

4 Tocqueville, Alexis de, *El antiguo régimen y la revolución* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2006).

ser desdeñadas (y que no pueden ser respondidas a partir de la situación anterior). Volviendo a nuestro caso, todo esto implica lo siguiente: responder las preguntas en torno a la justicia de nuestras instituciones, limitándose a afirmar que los números indican que hemos crecido, es negar *a priori* la pertinencia misma de la pregunta. Por cierto, no se pretende sugerir que estemos viviendo algo así como un momento prerrevolucionario, sino solo recordando que el desarrollo no es autoexplicativo. En cualquier caso, si acaso buscan ser relevantes, los datos técnicos deben ser traducidos a un lenguaje político, con lo que dejan de ser puramente técnicos. La derecha, en general, ha fallado por este lado. En efecto, encuentra dificultades enormes para siquiera reconocer la existencia de esas percepciones, pues en muchos sentidos son contradictorias con los esquemas intelectuales que la dominan; y eso explica su extraño silencio político. Con todo, esta necesidad de traducción política conlleva el deber recíproco de aceptar que la realidad impone límites a la acción: el hecho de que los datos técnicos sean insuficientes no nos autoriza a ignorarlos. La izquierda (¿habrá que decirlo?) ha fallado por acá: en la medida en que no supo poner distancia crítica frente a las demandas del movimiento estudiantil, renunció a su deber de mediación, contentándose con una extraña actitud ventrílocua (que es una forma de silencio). Así, algunos han claudicado porque creen que negando todos los problemas ellos dejarán de existir; mientras que otros claudican eligiendo doblegarse antes consignas sin reflexionar políticamente sobre ellas.

Esto nos conduce a otra consideración relevante. Decir que la materia prima de la política está constituida por las opiniones produce consecuencias sobre el lenguaje utilizado: las explicaciones sobre el fenómeno político no deben alejarse en demasía de la comprensión del ciudadano. Querámoslo o no, los conceptos utilizados en el habla cotidiana reflejan la realidad, al menos en cierta medida. Es verdad que suelen hacerlo de modo parcial e incompleto, pero en rigor son las únicas vías de acceso con las que contamos. Habrá luego que rectificar, matizar o añadir, pero una explicación *política* que no pueda ser comprendida por el ciudadano responsable sencillamente no merece ese calificativo. Desde luego, esto es algo que las modernas ciencias sociales han olvidado: mientras más sabemos del hombre, sugería Rousseau, menos

sabemos de él[5]. En efecto, la especialización del conocimiento ha llevado a que cada disciplina constituya una jerga desde donde pretende dar cuenta de los fenómenos sociales. Sin duda es posible encontrar allí elementos valiosos, pero, en general, esa perspectiva también conlleva una pérdida, que guarda relación con la importancia vital del lenguaje común. Si la política busca ser la articuladora de la sociedad —Aristóteles la llamaba ciencia arquitectónica— entonces no puede renunciar al hablar del ciudadano sin abandonar su vocación originaria. Cuando se pierde la vinculación con el lenguaje común, la política pierde su capacidad de traducción y de mediación, y se vuelve incapaz de enfrentar (ni hablar de resolver) problemas serios. Este fenómeno conduce directamente a que otros lenguajes busquen apropiarse de lo político: técnicos, profetas y juristas intentan llenar ese vacío. Un buen síntoma ocurre cuando, frente a la impotencia de los políticos (que no logran articular respuestas a nuestros problemas), los tribunales empiezan a tomar esas decisiones (utilizando, desde luego, un lenguaje jurídico). La judicialización de los asuntos políticos puede ser leída como la última etapa en la desintegración del lenguaje común: cuando la política no puede mediar, lo hacen los jueces, pero lo hacen con instrumentos radicalmente antipolíticos[6].

De este modo, el primer requisito para una comprensión política de nuestra situación pasa por tomarse en serio aquellos conceptos que han dominado la discusión, cualquiera que sea la opinión que ellos nos merezcan. Y la primera idea presente en el ambiente consiste en una crítica bastante severa a la lógica de la transición: guste o no, hay una ambición de romper radicalmente con ella. La transición se caracterizó por una incesante búsqueda de consensos, y por la convicción según la cual el crecimiento económico podría resolver buena parte de nuestros problemas. No obstante, a partir del 2011 las categorías empezaron a cambiar: el lucro fue demonizado, el "modelo" pasó a ser objeto de crítica y, en general, la confianza en las instituciones políticas, económicas y religiosas se dañó gravemente (aunque muchos síntomas son previos, y no haberlo advertido es parte de la crisis

5 Rousseau, Jean-Jacques, prefacio al *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (Madrid: Tecnos, 1998).

6 Ver Glendon, Mary Ann, "El lenguaje de los derechos", en *Estudios Públicos*, nº 70 (1988), 77-150.

actual). Más allá de las opiniones de cada cual, ese es el primer elemento de la crisis política que vive Chile. Cualquier intento por comprenderla debe partir por asumir este hecho, en lugar de negarlo; todo esfuerzo por saber dónde estamos debe empezar por preguntarse por qué esos conceptos y esas ideas penetraron tan profundamente en nuestra autocomprensión colectiva. Los otros caminos terminan, con mayor o menor intención, en una esterilidad que es vana en el mejor de los casos, o derechamente frívola en el peor. Por lo mismo, la repetición de las viejas fórmulas, hoy en día, se vuelve cada vez más irrelevante. Una de las características más deplorables de nuestra discusión, y que en parte es responsable de la sensación de estancamiento, guarda relación precisamente con esto: nuestros discursos siguen anclados en realidades que agonizan, y siguen justificándose a partir de mundos pasados. Así, no es exagerado afirmar que parte de nuestra elite ha perdido la capacidad de atender la vida común del Chile de hoy. Esto es grave, pues pone seriamente en duda la capacidad de quienes enuncian estos discursos para conducir al país.

En este difícil contexto, estas páginas buscan ofrecer un *ensayo cartográfico* de nuestra situación: nuestro propósito ha sido intentar elaborar —en la medida de lo posible— un mapa que pueda ayudar a orientarnos. Ahora bien, las labores cartográficas son difíciles, y por eso este trabajo tiene un carácter de ensayo: es una aproximación, sometida a correcciones y mejoras. No hay aquí por tanto pretensión de exhaustividad; solo se intenta mostrar un camino que, complementado y profundizado, podría llegar a ser fructífero. El esquema de este mapa es el que sigue. El próximo capítulo atiende al origen del llamado modelo chileno y, en particular, a la figura de Jaime Guzmán. La aplicación del liberalismo económico (con su correlato político) fue tan singular que exige una mirada atenta, en la medida en que contribuye a explicar algunas de las tensiones posteriores. Luego, los capítulos tercero y cuarto constituyen una tentativa por trazar el itinerario de la transición, en sus virtudes y defectos. La tesis subyacente es que nuestra crisis responde, en gran medida, a una transición que no supo consolidarse políticamente, y que por lo mismo terminó aceptando la neutralización política. Hay allí un desajuste, que abrió más tarde el espacio a reivindicaciones bastante

radicales, que están en el centro de nuestra crisis: ¿por qué un régimen que es, al menos en apariencia, próspero y ordenado, recibe un fuego cruzado tan intenso? Para intentar aclarar esa cuestión, el capítulo quinto analiza con cierto detalle la propuesta de Fernando Atria. Todo indica que el esfuerzo de Atria constituye, con independencia de sus defectos, la crítica más sofisticada al régimen de la transición. Sus argumentos son cualquier cosa menos banales, y merecen una atención detenida (por eso esta parte es más abstracta que el resto). El capítulo sexto revisa otros conceptos que tienden a dominar nuestra discusión pública, pero que se vislumbran —por distintas razones— insuficientes. Por último, el capítulo séptimo propone un marco conceptual que podría servirnos para enfrentar nuestra crisis. La idea es pensar nuestros problemas desde las tensiones propias de la modernización, lejos de cualquier visión maniquea de la realidad. La hipótesis subyacente es que no saldremos de nuestra perplejidad (que alimenta el sentimiento de crisis) mientras no realicemos este (urgente) trabajo cartográfico. Al lector le cabrá juzgar al final si hemos logrado o no, y en qué medida, el propósito que inspira las líneas que siguen.